

12. GRACIÁN DESDE FUERA

FELICE GAMBIN

Universidad de Vercelli

Como muestra la bibliografía compuesta por Elena Cantarino [1993b] y sus últimos informes bibliográficos [1997a, 1999c], no sólo en España sino también en Europa sigue existiendo en la actualidad mucho interés por la obra y la persona de Gracián. El pletórico gracianismo de los años ochenta y noventa fue tal que Miguel Batllori, para poder seguir el ritmo acelerado del crecido número de publicaciones, tuvo que consagrarle varias reseñas en breve espacio de tiempo, cosa que nunca —como el mismo padre confiesa— le había sucedido [1986a, 1988, 1994a].

En el extranjero, como podemos comprobar consultando también la *Bibliographie sur l'histoire de la Compagnie de Jésus* del padre László Polgar [1990], y el apartado que se incluye cada año en el número de julio-diciembre del *Archivum Historicum Societatis Iesu*, se publicaron libros, estudios y monografías específicas, y varios simposios y seminarios fueron —como en España, por lo demás— convocados sin mediar centenario alguno.

Existen trabajos que dan noticias y se dedican a estudiar la recepción del escritor aragonés en los diversos países de Europa. No faltan tampoco síntesis de la difusión reciente de sus obras en todas las principales lenguas de Occidente. Me refiero principalmente a las disertaciones de Miguel Batllori [1986b], Manfred Hinz [1987], Emilio Lorenzo [1988], Felice Gambin [1988], Carlos Vaíllo [1992] y Ceferino Peralta [1993b]. Pero se trata, sin duda también por la extensión y complejidad temática, más bien de síntesis apretadas.

De todos los autores españoles Gracián fue uno de los escritores más traducidos en Europa. Pocos años después de morir, todas sus obras fueron íntegramente traducidas a los varios idiomas, excepto la *Agudeza y arte de ingenio*. Aunque hayan transcurrido siglos sin aparecer traducción alguna de la *Agudeza y arte de ingenio*, obra nunca traducida hasta hace poco menos de veinte años cuando despertó gran interés y mereció mayor aten-

ción por parte de los editores, su presencia la podemos detectar en muchos autores. La historia de la recepción del jesuita en Europa es, por lo tanto, a veces soterrada, profunda, difícil de investigar en todas sus fecundas vertientes.

Sabido es que Gracián penetra en Europa a través de Francia y que la difusión de sus obras fue y sigue siendo apasionada. Buena muestra de la recepción en la cultura francesa son los trabajos de Andrée Mansau [1986, 1993] y de Suzanne Guellouz [1993]. No faltan tampoco trabajos de conjunto sobre autores que rescataron la obra de Gracián, como el de Catherine Coquio sobre la figura del gracianista Andrés Rouveyre [1993]. Si muy pronto *El Héroe* del jesuita fue ocasión para descartar plagios [Evaristo Correa Calderón, 1961a: 296], sus obras se difundieron definitivamente en Francia gracias, sobre todo, al éxito del *Oráculo manual* traducido por Amelot de la Houssaye en 1684 con el título de *L'homme de Cour* y muy pronto utilizado para trasladar los aforismos a otras lenguas. A esa amplia difusión siguió una evidente influencia sobre los escritores franceses (La Rochefoucauld, La Bruyère, Chamfort, Voltaire, por citar a los más conocidos) que ha sido bastante estudiada.

Francia fue también la primera que abrió camino a la predilección del mundo actual por un texto tan difícil como el de la *Agudeza y arte de ingenio*. Una obra que en 1983, casi simultáneamente, vio la luz en dos versiones distintas. La primera, realizada por Pierre Laurens y Michèle Gendreau-Massaloux, es completa; la segunda, recompuesta por Benito Pelegrin, parcial. Ambas ediciones, tan distintas en las conclusiones, llevan largas introducciones, en la primera de Marc Fumaroli, en la segunda del mismo Pelegrin. Autor este último al cual tanto deben las investigaciones sobre el jesuita, y que ha traducido también, remodelando los aforismos del libro, es decir, dándoles un nuevo orden estratégico, el *Oráculo manual* con el título de *Manuel de poche d'hier pour hommes politiques d'aujourd'hui* [1978].

En Francia, por lo demás, se sigue reeditando con cierta frecuencia *Le Héros*, *Le Politique dom Ferdinand le Catholique* y *L'Homme universel* en las versiones del padre Joseph de Courbeville. Jesuita francés que se permitía en sus traducciones, hechas entre 1723 y 1732, muchas licencias con el texto, eliminando, cambiando, añadiendo lo que creía conveniente para hacer comprensibles las obras del escritor español.

Francia no ha olvidado tampoco la traducción del *Oráculo manual* de Amelot de la Houssaye. La encontramos reeditada varias veces; transcrita al francés moderno por Chloé Radiguet, con una *postface* de Gilles Torjman e incluso con ilustraciones de Sébastien Cessa; editada con el título *L'Art de la Prudence* por Jean-Claude Masson [1994]. Una versión, la de Masson, que ha sido traducida con la misma introducción dos años más tarde en Portugal [Castilho Benedetti, 1996].

Muestra de la importancia cobrada por Gracián en Francia es también la antología de *El Criticón* que Benito Pelegrin ha confeccionado, privile-

giando sobre todo las primeras *crisis* «pour tenter de donner une vision plus fidèle du romanesque allégorique [...] dans son déroulement» [1993 b: 29]. Sin embargo, el acontecimiento más importante es la traducción de la primera y segunda parte de la pegrinación de Critilo y Andrenio [1998 y 1999]. A la espera de la publicación de la tercera parte, ya es ésta indicio suficiente para apreciar la buena calidad del trabajo de Eliana Sollé. En una breve *Note* de tres páginas, ésta ofrece al lector francés algunos datos bibliográficos sobre el autor, e insiste tópicamente, evocando un trabajo escrito en 1924 por Jean Cassou, en las dificultades entre el escritor jesuita y sus superiores. La traducción, que sacrifica las dedicatorias del original, está hecha a partir de la edición de Romera-Navarro. Las notas en la primera parte no son abundantes; en la segunda parte encontramos muchas más, como si Eliana Sollé se hubiera dado cuenta de que si el libro de Gracián no puede ser pretexto para un diluvio de notas, tampoco se puede imprimir sin un adecuado aparato crítico. Al fin y al cabo, ya sea como síntoma de las restricciones de espacio que se le han concedido, no hay duda de que el número de notas podemos considerarlo insuficiente para un lector de hoy. A pesar de estas advertencias, confiamos en que la edición francesa sea, como lo fue en su hora la traducción de la *Agudeza*, ocasión propicia para que nos animemos a trasladar a otras lenguas y a gustar a lo moderno el *Criticón*.

El trayecto que siguió la obra de Baltasar Gracián al neerlandés ha sido muy bien precisado por Tineke Groot [1995]. En él se matizan, se enmiendan y ponen al día los datos sobre el interés por la obra del jesuita. Constatamos así que en los últimos años han aparecido dos traducciones del *Oráculo manual*, la primera, de gran éxito y varias veces reeditada, de Theo Kars, que intenta ofrecer una versión legible para el lector de finales del siglo XX [1990] y donde, al presentar a Gracián, se insiste —como notó el mismo Batllori— en el «carácter a-cristiano de su obra, con la sola excepción de *El Comulgatorio*» [1994a: 284]; la segunda, publicada en 1993, hecha a base de la traducción inglesa de Christopher Maurer [véase *infra*], aunque existieran otras directamente traducidas del español, la ya recordada de Kars y, entre otras, la de Jan Timmermans aparecida en 1965. Si bien los lectores disponen de versiones tan diferentes de los aforismos y de unos pequeños fragmentos de *El Criticón* traducidos del alemán, lamentamos, con todo, que una versión de *El Discreto* de Tineke Groot ya acabada no encuentre una editorial que la publique, como en justicia le correspondería a este «arte de entendidos» que contiene, como indicaba don Vincencio de Lastanosa, «aforismos de prudencia».

Una pormenorizada atención ha sido dedicada a la presencia de Gracián en Alemania, referida especialmente a la literatura de los siglos XVII y XVIII. Bien matizadas han sido, por ejemplo, la presencia del aragonés en el ilustrado Julius Bernhard von Rohrs [Schlechte, 1991] y la recepción de *El Político* en Alemania [Strosetzki, 1991]. Bastante se ha escrito, como nos recuerda el recorrido de Luis Jiménez Moreno, sobre su influjo en filósofos alemanes y su recepción por Thomasius, o en torno a Schopenhauer

traductor del *Oráculo manual* (versión que se sigue reeditando) y sobre Nietzsche gran lector del jesuita [1993a]. Y sin embargo, como bien apuntó Sebastian Neumeister en un trabajo imprescindible por la riqueza de sus informaciones, las traducciones alemanas, sobre las anteriores francesas, habían dado a conocer por cierto la figura, el estilo y la filosofía del escritor español pero muchas veces de manera equívoca y errónea [1993b, véase también 1991]. A estas alturas recordamos que hubo también versiones neolatinas de Gracián hoy conservadas en la Biblioteca del Estado de Berlín, interesante documento de la recepción del jesuita en Alemania [Briesemeister, 1991].

Ahora bien, si por mucho tiempo los acercamientos al jesuita fueron imprecisos porque eran deficientes las traducciones, de desigual valor, en las que —como ya apuntaba Evaristo Correa Calderón— «se duplican los defectos de las versiones intermedias» [1961a: 313], otro camino han abierto las ediciones alemanas de *El Héroe* [Elena Carvajal Díaz y Hannes Böhringer, 1996] y de *El Discreto* [Sebastian Neumeister, 1996]. Las dos traducciones son preciosas y las notas —recordando la recomendación graciana de escribir breve sin detener al lector, para que pase adelante— preñadas y no hinchadas. Los veinte *primores*, que hacen del héroe «universal prodigio», y los veinticinco *realces*, que trazan una etopeya del discreto, u hombre universal, abren nuevo rumbo a las siempre atractivas investigaciones alemanas.

Leyendo las dos primeras obras completas del jesuita traducidas directamente del español, el público de los lectores alemanes tiene la posibilidad de percibir la unidad y la intratextualidad que existe entre las obras de Gracián. A la vez, los lectores tienen la posibilidad de tener ante sí, gracias a la prosa de *El Discreto*, los múltiples géneros utilizados en el libro, con sus diálogos, cartas, sátiras, enigmas, emblemas, panegíricos, apólogos, etc., percibir la conciliación entre *verba* y *res*, así como la gran variedad de voces narrativas que supone la obra —para emplear una feliz expresión utilizada por Aurora Egido en la introducción a su edición de *El Discreto* [1997: 74]—, vale decir una aplicación ejemplar de las ideas expuestas en la *Agudeza y arte de ingenio* con relación a las características de la agudeza compuesta fingida.

En la península itálica en el siglo XX, después de la escasa apreciación de la obra del aragonés, debida principalmente al juicio de Benedetto Croce que consideraba a Gracián un vulgar imitador de los escritores italianos, ha habido un gran interés por el jesuita español [Felice Gambin, 1993c]. Se organizaron simposios, seminarios y congresos como en otras naciones antes recorridas por Critilo y Andrenio. Y se sucedieron las reimpressiones de las traducciones publicadas en los años sesenta por Antonio Gasparetti de *El Héroe* y de *El Discreto* [1987], así como del *Oráculo manual* [1986, 1988]. Sobre el valor de estas traducciones, y específicamente de aquella del *Oráculo manual* ya hemos tratado anteriormente [1992]; lo cierto es que a los lectores italianos no se les da noticia en las introduccio-

nes y notas de Gasparetti, escritas hace casi cuarenta años, de los más recientes análisis filológicos, la importante historiografía sobre el jesuita y las nuevas vías de interpretación que también en Italia se están aplicando. Así que el acontecimiento más importante en estos últimos años fue la traducción de Giulia Poggi de la *Agudeza y arte de ingenio*; una traducción coordinada por Blanca Perinián que, gracias a la ayuda de Giuliana Crevatin, identifica y corrige los textos de autores clásicos alegados por Gracián como base de su comentario [1986b]. Con razón esta pulcra traducción ha sido alabada por Aurora Egido [1987b].

Si amplía es la gama de contribuciones italianas centradas en Gracián, tanto que el padre Batllori habló de un «pletórico gracianismo italiano» [1994a: 291], el panorama de las traducciones es poco prometedor: hasta hoy no existen traducciones modernas, ni completas ni parciales, de *El Comulgatorio* y de *El Criticón*. Y tampoco de *El Político don Fernando el Católico*. Cabe apuntar que nunca se ha publicado una traducción de esta obra en la versión de Vittorio Dini, como se viene repitiendo después que fue incluida en la *Bibliographie sur l'histoire de la Compagnie de Jésus* del *Archivum Historicum Societatis Iesu*. Dicha traducción, nada más que un primer borrador, sólo circuló entre unos pocos amigos.

Por lo dicho, si según Croce, durante los siglos XVII y XVIII los italianos se decidieron a traducir la obra de Gracián, apreciando sobre todo la faceta del escritor moralista y político, si en los últimos años hemos asediado constantemente la *Agudeza y arte de ingenio*, la peregrinación de Critilo y Andrenio no ha pasado sino hace muchísimo tiempo, en 1685, por los Alpes a Italia [Gambin, 1995c]. Aunque la ya mencionada Giulia Poggi nos promete y piensa en una versión moderna de un texto tan difícil como el de *El Criticón*.

Singular es la penetración de Gracián en Rumanía. Un tiempo bastante limitada, como señalaba Evaristo Correa Calderón (una traducción fragmentaria de 1794 de *El Criticón* y otra integral del *Oráculo manual*, llevada a cabo por Sandi Constantinescu en 1944 según la versión alemana de Arthur Schopenhauer), es ahora extensísima. En la actualidad el destino del jesuita ha cambiado profundamente: las letras rumanas disponen de toda la obra de Gracián. En 1975 aparecieron traducidos por Sorin Mărculescu el *Oráculo manual* y de *El Criticón*. La novela fue amputada por la censura, quedando eliminado lo que más admiró a Andrenio en sus primeros pasos errantes de la portentosa fábrica del universo: el ser connatural en el hombre la inclinación a su Dios, un criador tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí. Y fue censurada —por supuesto— también toda mención a la astucia de los rusos y a la cobardía de los chinos. En 1987 tornó a reeditarse *El Criticón*, y Mărculescu pudo reintegrar los textos sacados, sacrificando esta vez no pocas referencias bíblicas en las notas. En 1994 la editorial Humanitas de Bucarest imprimió, en la versión de Mărculescu, un tomo que comprende *El Héroe*, *El Político*, *El Discreto*, con una nueva traducción, íntegramente revisada, del *Oráculo manual*, *El Comulgatorio*. Como

si no bastara, el mismo Mărculescu ha editado en 1998 la *Ascuțimea și arta ingeniozității*. De modo que la literatura rumana no sólo dispone de todas las obras del jesuita aragonés, sino que —caso único— todas las traducciones se deben a una sola persona: a Sorin Mărculescu. No sé si el autor es un solitario, y sólo como tal, pudo atreverse a admirar y a traducir a Gracián, pero no hay dudas de que es un panorama prometedor y las literaturas del sudeste europeo sabrán sacar provecho de una situación tan propicia y feliz para la recepción del jesuita [Mărculescu, en prensa].

Merece destacarse la primera traducción al estonio del *Oráculo manual y arte de prudencia* llevada a cabo por Jüri Talvet [1993]. Si consideramos que el hispanismo ha sido en Estonia un fenómeno reciente, que se limita casi exclusivamente al siglo XX, que el primer *Quijote* íntegro se publicó en 1946-1947, que el proceso de la traducción se hizo más independiente de los modelos rusos sólo a partir de los años 70, que el primer *Diccionario español-estonio* se publicó en 1983, que los estudios de filología española han sido introducidos por primera vez en los Países Bálticos a partir del año académico 1992-1993, debemos alabar la edición de Talvet que ha puesto en su país esperanzadoras perspectivas al gracianismo, y al hispanismo en general. Una atractiva traducción que va acompañada de un comentario y de un epílogo, que podemos leer reproducido también al español [1993]. Aunque de la traducción del *Oráculo manual* se hizo una tirada impresionante de treinta mil ejemplares (¡Estonia cuenta con apenas un millón de habitantes!) el volumen se agotó en poco tiempo. Una popularidad que, según opina Talvet, tiene su explicación en la crisis de Estonia y su difícil transición a la democracia, una nación que quiere oráculos, sean éstos católicos, jesuíticos o elitistas.

Para no desorientar al lector recordemos que en los países otrora socialistas, encontramos en un único volumen una traducción al ruso del *Oráculo manual* y de *El Criticón*, acompañadas ambas por un amplio estudio en el cual Leonid Pinskij destaca la modernidad de Gracián, y califica la rápida alternancia de las escenas en la peregrinación de Critilo y Andrenio como propia de una obra cinematográfica [1981]. También tenemos una traducción al checo de *El Criticón* con introducción de Josef Forbelský [1984] que, siguiendo a Pinskij, subraya que con la novela de Gracián pasamos de lo «fantástico psicológico y subjetivo» del *Quijote* al «fantástico objetivo y sociológico». *El Criticón* viene calificado como «novela culturoológica», lo que explica el atractivo ejercido en la enfermiza Unión Soviética por un libro que tiene por objeto la «crítica total de la respectiva sociedad y de su cultura».

Si exceptuamos *El Político don Fernando el Católico*, el vasto mundo anglófono puede leer todas las obras del jesuita y maneja también, trasladada al inglés, la *Agudeza y arte de ingenio* presentada por Leland Hugt Chambers como tesis doctoral ya en 1962, publicada en edición xerográfica sólo en 1987, sin ponerla al día y dando, por lo tanto, como inexistentes las nuevas vías de interpretación que se abrieron en los últimos años. Las reedi-

ciones en 1993 de traducciones del *Oráculo manual*, viejas o renovadas, como aquella de Joseph Jacobs impresa en el siglo XIX, la de Martin Fischer editada en el siglo XX y la más reciente de Leonard Kaye, publicada con el emblemático título *Practical wisdom for perilous times* [1994], vienen a mostrarnos que también en el mundo de habla inglesa continúa siendo la obra más divulgada.

Ahora bien, si Chambers, en el esfuerzo de hacer legible el libro del jesuita tuvo que adaptar el título (*The Mind's wit and art*), dificultad con la que se encontraron también los editores franceses en el momento de traducir la obra bajo el título *La pointe ou l'art du génie*, y si Jacobs, en busca de un título novedoso y llamativo para el *Oráculo manual*, lo convertía en *The art of worldly wisdom*, algo distinto ha pasado con la traducción del *Oráculo manual* de Christopher Maurer [1992]. Sobre esta versión inglesa, que en el título *The art of worldly wisdom: A Pocket Oracle* sigue el tono llamativo de las portadas de Jacobs y de Fischer, mucho se ha escrito. Todos sabemos de su sorprendente conversión en un *best seller* norteamericano y que en esta edición, aunque no sólo en ésta, se basó José Ignacio Díez Fernández para ofrecer su versión española de grande y sorprendente éxito [1993b]. Conforme a la traducción de Maurer, que cambió términos y reconstruyó frases, modificando la sintaxis, se realizó la de la editorial Temas de Hoy. Se pueden aducir muchísimas razones contra la traducción de Maurer, decir que Gracián predicó la variedad de los estilos, porque sabía de la variedad de las personas; recordar que el jesuita fuerza el lenguaje buscando dobles y tratando de sacar el mayor fruto posible de la preñez de dicción; destacar que la unión de *res* y *verba*, de forma y acción ya no andan parejas en esta versión; constatar que en el campo abierto de la página no encontramos al aragonés que concedía un valor estratégico y práctico a la agudeza llegando a ser héroe por la palabra y por el silencio; gritar sin más que los clásicos son clásicos o mostrar que el sentido mismo de los aforismos, en ocasiones, resulta alterado. Con todo, el estilo viene aligerado y adaptado al gusto actual, como nos dice tranquilamente el traductor, también en la versión de *El Héroe* y de *El Discreto* [1996]. Es obvio, que cada vez más —y no sólo en el caso de Gracián, ni sólo en los Estados Unidos— se publican versiones de autores clásicos con afán divulgativo y los criterios comerciales mandan. Todas éstas, sin duda, son verdades de finísimos quilates.

Creo, sin embargo, que —dejando aparte el problema de cómo nos acercamos a los clásicos, de lo que son, pueden o queramos que sean para nosotros— la cuestión no es, me atrevo a decirlo escuetamente, ni el cambio del título de las obras de Gracián (algunas veces sin duda innecesario, otras incluso inevitable) ni tampoco los cambios que decide el traductor en el momento de trasladarlas a otras lenguas. Ya sabemos que también en los siglos pasados hubo la costumbre de cambiar el título de las obras y hubo traducciones discutibles, pero no tanto porque no respetaran la letra cuanto porque, a veces, malinterpretaron el espíritu de las páginas del escritor español. Aun en las traducciones de los siglos XVII y XVIII

muchos conceptos gracianos se disuelven en varios aspectos semánticos y se borran los límites que los separan uno de otro. Inclusive en el pasado hubo, por un lado, traducciones que buscaban una traducción literal, pero dejando en las manos del lector fragmentos nebulosos y poco claros; y, por otro lado, versiones que recurrían a paráfrasis, a intervenciones del traductor. No faltaron traducciones que intentaron vencer la dificultad de la página graciana mediante el recurso de añadir muchísimas notas, piénsese en la de Amelot de la Houssaye, que comenta los primeros 213 aforismos, y a la versión del italiano Tosques, que traduce a través del texto francés añadiendo un comentario a los restantes 73 aforismos no comentados. Hay casos de traducciones en las que, por ejemplo, los conceptos por equívoco se limitan a ser apuntados en ocasiones, en otras son explicados y en el mejor de los casos, son recreados. Se olvida así lo que el propio Gracián decía de ellos al afirmar que no se podían «pasar a otra lengua», aunque las traducciones de Salinas testimoniasen que la valentía del traductor consiste en dar alma en su propia lengua al artificio del original. Encontramos versiones del pasado —me refiero a la traducción del *Oráculo manual* editada por Contarini en 1832 y que encontré hace pocos años [1992, 1993a]— en las que se rompe la unidad del aforismo y el texto se disgrega en multitud de fragmentos en los cuales a cada pieza corresponden los comentarios de los traductores Houssaye y Tosques. Obviamente ya no gustamos de una escritura oracular. Y, sin embargo, esta versión italiana del siglo XIX tiene su valor, un gran valor, en la historia de la recepción de Gracián, ya que el texto del jesuita parece ser una paradójica máquina argumentadora que postula la necesidad de desarrollar la fisonomía del hombre prudente y discreto en una necesaria integración a las leyes del Estado moderno, que no necesita contar con las prendas del ser persona ya poco relevantes respecto de la función social del buen ciudadano, a su ser persona (pública).

Quizá algo bueno se encuentre también en las traducciones de Maurer, más aún si nos damos cuenta no sólo de que José Ignacio Díez Fernández nos brinda una edición española de un escritor aragonés en la editorial Temas de Hoy a partir de una traducción inglesa, sino que de éstas, con todas las equivocaciones e interpretaciones erróneas que eso conlleva, ya se han sacado versiones al finlandés, con el título *Sankarin taskupeili* [Tarja HÄRKÖNEN, *El espejo de bolsillo del héroe*, 1996], y, como hemos recordado, al neerlandés [1993].

Estas páginas, que han intentado servir de aguja de marear por entre las traducciones más recientes de las que hemos tenido noticia, y que no podían silenciar por su éxito fuera y dentro de España un curioso proceso de alquimia al revés, donde la áurea escritura graciana se convierte en plomo sin más, tan sólo pueden señalar una versión al húngaro del *Oráculo manual* [FORÍTOTTA GÁSPÁR ENDRE, 1995] y varias reediciones de otra al sueco [ELISABETH HELMS, 1994]. Y para demostrar que Gracián ha entrado en la aventura cultural más ampliamente europea (y extraeuropea), pronto Aleksandar Grujic traducirá al serbio, con el apoyo de la Casa del Traduc-

tor de Tarazona y la colaboración de la Diputación Provincial de Zaragoza, los trescientos aforismos.

Frente al persistente interés por el jesuita fuera de España, a la gran cantidad de investigaciones sobre su obra, de la cual era imposible dar noticia en este lugar, queda, por su dificultad, para otra ocasión averiguar si en las traducciones de las obras de Gracián, que con tanta profusión y éxito siguen circulando en múltiples ediciones por todo el Occidente y Oriente europeo, el público, cada vez más numeroso, *goza de su escritura*. Una escritura que genera placer si está al alcance del lector la posibilidad de seguir jugando con los conceptos, si la traducción despierta la atención, solicita la curiosidad y, al fin y al cabo, nos obliga a una presencia activa en el proceso de comprensión y descodificación de la agudeza. Con todo, es cierto que el límite entre las buenas y malas traducciones, que siempre las hubo, es reconocer que hay muchas que son generadoras de placer y otras que, al contrario, lo inhiben.

No puedo concluir estas notas sin recordar que, al acercarse el cuarto centenario del nacimiento de Gracián, queda por hacer una bibliografía puesta al día de las traducciones que se publicaron fuera de España en los siglos pasados. En esta óptica los trabajos de Tineke Groot, que enmienda y corrige los datos sobre las traducciones neerlandesas, y el de Mărculescu, que precisa la recepción del jesuita en Rumanía, pueden considerarse buenos guías para orientarse. No sólo constan en las bibliografías aparecidas hasta hoy —me refiero principalmente a la de Arturo del Hoyo [1960] y a la de Evaristo Correa Calderón [1961a]— referencias erróneas sino que quedan por estudiar los riquísimos fondos de las bibliotecas de Europa. Poco sabemos aún de la recepción en el pasado de sus obras, todavía tenemos que investigar, en todas sus fecundas vertientes, el diálogo entre Europa y Gracián. No es descabellado pensar que, como en el caso específico de Italia del cual he dado noticia en otras ocasiones, podamos tropezar con traducciones olvidadas, con pequeños descubrimientos que en el caso de otros autores serían considerados grandes [1995a y c, 1996].

Habría que dedicar además apartados individuales a los comentarios y notas que acompañan a las traducciones. Mucho se ha escrito, por ejemplo, sobre la forma de proceder de Amelot de la Houssaye en la traducción del *Oráculo manual* y se han valorado bastante sus notas —que, por supuesto, ya no encontramos en las muchas reediciones—, pero prácticamente olvidadas quedan las notas y los comentarios de muchas otras traducciones que introducen a Gracián en Europa. ¿Qué tópicos y razonamientos sobre su escritura y su figura encontramos en ellas? ¿Cómo se ha traducido y han logrado y logran los traductores recrear el estilo graciano, la variedad de su estilo?

Todo eso, que no es poco, podría parecernos una cuestión erudita, sin más. Pero a mi modo de ver, si queremos ser consecuentes con las nuevas aportaciones en torno a los presupuestos retóricos y filosóficos de Gracián,

en los prodigios que la pericia del traductor efectúa a la hora de verter en otras lenguas el español quintaesenciado que fluye en las obras de Gracián, encontramos algo más. Hay traducciones, nuevas y antiguas, que reinventan las palabras, que las fuerzan, que les dan nueva vida, recreando, o intentando crear, las agudezas del original. Deberíamos reflexionar, con mayor atención de lo que se ha venido haciendo hasta ahora, sobre ese remar y sudar por y en el lenguaje de los traductores, que tanto recuerdan el peregrinar de Critilo y Andrenio. Ellos, que como peregrinos van trasladando la «vida en un discurso», en otro discurso, merecen perpetuarse contra el olvido, y aún más si las lenguas europeas siguen encontrando, al trasladar el estilo de Gracián, una oportunidad de enriquecimiento y continúan instándonos a considerar detenidamente las inusitadas posibilidades del lenguaje, que siempre expresa en sus obras y califica una forma de pensar y una forma de vivir.

Para seguir plantando problemas al margen de este muestreo bibliográfico sobre las traducciones, es una lástima percatarse de que muchas versiones de los últimos años —sirva como ejemplo— pasan por alto los datos biográficos sobre la niñez y adolescencia de Gracián hallados por Belén Boloqui, insistiendo en la idea, entre otras cosas, de considerar a Lorenzo Gracián, infanzón, nombre con el cual el escritor jesuita firmó todas sus obras, a excepción de la primera parte de *El Criticón* y de *El Comulgatorio*, como una sombra, como un simple seudónimo, convirtiéndolo en una ingenua estratagema, y no como un hermano suyo que realmente lo fue. Pero es también una lástima constatar que si algunas traducciones, que las hay, piénsese en el caso de la versión italiana de la *Agudeza y arte de ingenio*, han logrado solucionar la dificultad de algunos *pasos* y limpiar el texto de incorrecciones, seguimos, no obstante, encontrando ediciones españolas que proponen los mismos errores de lecturas anteriores.

Diríamos que sólo el diálogo entre los renovadores estudios gracianos, los editores de sus obras y los traductores, con *pasos* ya no *confusos*, sino *dictados*, puede ayudarnos a gustar de su estilo. La escritura del aragonés exige un continuo ejercicio de desciframiento, y por eso nosotros, los lectores, necesitamos —cada vez más— de sabios guías que, como el benévolo Descifrador de *El Criticón*, conozcan y tengan las contracifras para no perdernos en el laberíntico libro del mundo. Entre los muchos camaradas que inevitablemente nos acompañan a la hora de leer las obras de Gracián, tal vez sea sobre todo el traductor benévolo y sabio el que con su esfuerzo nos ayude más a desconstruir la cifrada escritura del mundo. Él es quien, por recordar el emblema de Alciato, *Eloquentia fortitudine praes-tantior*, tan conocido por nuestro aragonés, nos atrae con las hercúleas cadenillas encadenándonos dulcemente.